



# El Grano de Arena



REVISTA CATÓLICA  
CONSAGRADA AL CORAZON DE JESUS

CON APROBACION DEL ORDINARIO

Núm. 89

JUÉVES 10 DE DICIEMBRE DE 1896

AÑO II



ILMO. Y RDMO. DR. D. SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO  
OBISPO DE MENORCA

## ¡SURSUM CORDA!

Antes de que haya podido difundirse entre nosotros la fragancia de las virtudes que adornan al Dr. D. Salvador Castellote, y cuando aún no han podido ser apreciadas sus singulares dotes de talento, rectitud y bondadoso carácter, los corazones de los católicos mahoneses laten á impulsos del más vivo entusiasmo y llenos de regocijo se abren al amor más sincero hacia su nuevo é ilustre Obispo.

Fenómeno es este que no se explica por el incompleto conocimiento que tenemos del Dr. Castellote, ora por las referencias verbales de quienes han tenido la suerte de tratarle personalmente, ora por las biografías que acerca de S. Ilma. ha publicado la prensa. El secreto de ese entusiasmo y regocijo de nuestros corazones, de la complacencia que llena los espíritus, de ese algo misterioso de que parece como saturado el ambiente, hay que buscarlo, de una parte, en la virtud de la consagración episcopal que trasciende á cuantos por ella quedamos bajo la potestad del Ungido por el Espíritu Santo, y de otra muy principal, en el oro plácido de la gracia, la cual nos hace presentir que el que llega en el nombre del Señor viene á restaurar fuerzas decaídas, á levantar espíritus prostrados, á calentar corazones fríos, á limar asperezas y á extinguir odios y rencores para ponernos al seguro abrigo de la paz, guiarnos por el camino del bien y enseñarnos las obras que debemos realizar ¿Las haremos?...

Las promesas divinas aseguran el triunfo á los soldados de la Cruz; mas para adelantarle es necesario que los católicos coadyuvemos á la acción de la Providencia mediante la práctica de los consejos y mandatos del Vicario de Jesucristo en la tierra y la unión, en apretado haz, alrededor de nuestro Jefe y Padre el Obispo diocesano, deponiendo todo amor propio, todo interés mundanal y todo criterio particular ante la causa suprema de la Religión y de la Iglesia.

Dejemos obrar á la gracia del Señor; no

resistamos á ella, antes apercibámonos á responder á sus insinuaciones y coadyuvar á sus impulsos. No seamos de los que *no se meten en nada*, de aquellos que sistemáticamente y sean cualesquiera las circunstancias, se contentan con oír misa los domingos y fiestas de precepto, con asistir de vez en cuando á las Cuarenta-Horas y ayudar con alguna limosna al sostenimiento del culto y de tal ó cual cofradía. Además de estas obras de piedad, hay otras que imputan acción social y pública y que es necesario no descuidar.

La actitud pasiva enfrente del mal es censurable, y el no impedir el daño pudiéndole evitar, es hacerse cómplice del mismo. No sólo se castigan las acciones, si que también las omisiones; y, ¿se podrá decir que obran bien los católicos que ante la formidable lucha actual permanecen cruzados de brazos? ¿Cumplen con su deber los que pretenden formar en las filas católicas, y no se atreven á ponerse frente á frente del enemigo, ni á combatirle con resolución y denuedo?

El nombre del cobarde juez del Redentor servirá siempre para designar á cuantos reservan toda su habilidad y energía para condenar al Justo, invocando ridículos pretextos, cuando en realidad lo que procuran es no disgustar al César... Indudablemente hay algo, y aún mucho, de *pilatismo*, así en los que contemplan la persecución de que es objeto la Iglesia sin poner de su parte cuanto pudieran para defenderla, como en aquellos que por interés ó el maldito *què dirán* se hacen sordos á los dictados de su conciencia y contribuyen al fomento de obras más ó menos anticatólicas.

Confesemos públicamente á Cristo en todo tiempo y lugar con noble y cristiana entereza, hollemos todo respeto humano y toda falsa prudencia; desechemos el amor á la molición y á los goces materiales, que engendran la flojedad de los caracteres; no cejemos en la defensa de los derechos de la Iglesia, sin temor á los azares de la lucha, y rindamos, en fin, profundo acatamiento al Obispo que nos ha deparado la Providencia, á quien pertenece en esta su

jurisdicción «*el presidir, mandar, corregir y en general disponer de todo lo que se refiera á los intereses cristianos*» (1) pues todos los católicos deben saber que «*el Obispo está en la Iglesia y la Iglesia en el Obispo, y si alguien no está con el Obispo, no está en la Iglesia*» (2).

¡*Sursum corda!* El Moisés que á nosotros llega y ha de guiarnos abrirá las aguas del mar Rojo, y nos libraré de las serpientes que intentaren enroscarse á nuestras plantas, y á su vez manará el agua cristalina del Horeb, y nos dará por medio de sabios pastorales y de su predicación autorizada y elocuente, la Ley santa que ha de dirigir nuestras inteligencias y el maná celestial que ha de alimentar nuestros corazones.

El descanso vendrá luego, y mejor descansará el que mejor haya luchado.—  
B. A. y P.

## AS. S. ILMA. EL OBISPO DE MENORCA EN SU FELIZ LLEGADA Á ESTA CIUDAD

Bien venido el que pisa  
En día tan feliz estas riberas;  
El pueblo le saluda  
Como también la lira del poeta.  
Flores, sonos y cantos  
Se esparcen, se levantan y resuenan;  
Y en unánime coro  
Su llegada saludan y festejan.  
Salud al vate ilustre  
Dice el pueblo Mahonés con fé sincera;  
Salud al pastor santo  
Que entre nosotros cariñoso llega.  
Resuenan las campanas,  
Las calles y las plazas se empavesan,  
Y el pecho de los fieles  
Late de santo amor á su presencia  
Mil veces bien venido  
A nuestro suelo venturoso sea  
Aquel que en dulce pleitro  
Alza á los cielos inspirada endecha.  
De su ferviente lábio  
Manantial de saber y de elocuencia,  
De nuestros santos templos  
Repita el eco la verdad sincera.  
Y cual sol rutilante  
Que lanza entre el capuz viva centella,  
Destruya negra sombra

(1) Encíclica Cum Multa.

(2) Ibidem.

Que empujar de la fe la luz intenta.  
Mil veces sí, mil veces,  
A nuestro suelo bienvenido sea  
Aquel que al redil santo  
Va á conducir la descarriada oveja;  
Mil plácidos vítores  
Se repiten doquiera,  
Flores, músicas, cantos,  
Se esparcen, se levantan y resuenan.  
Que el pueblo entusiasmado  
Al deseado pastor clama y festeja;  
Y sus más dulces trovas  
Le dedica la lira del poeta.

A. MARCELINA VINENT DE CARRERAS

Mahon 10 Diciembre de 1896.

## LA ORATORIA DEL NUEVO OBISPO

Si grandes eran mis deseos de conocer al nuevo Obispo de Menorca, no eran menores los de oírle, y no parecerá esto extraño á quien sepa que mucho antes de que fuera él elevado á la altísima dignidad de Sucesor de los Apóstoles, había llegado á esta isla su renombre como orador elocuente y sabio. No es de todos los días eso de que pueda uno oír las verdades eternas explicadas con alta y real elocuencia y aunque por sí mismas esas sublimes verdades son manjar inefable, miel sobre hojuelas será el que nos las den envueltas en las purísimas galas de la belleza.

Sin embargo, antes de oírle en el púlpito, la exquisita amabilidad y la benevolencia del ilustre Prelado, me depararon la ocasión de saborear la lectura de las ocho notabilísimas conferencias científico religiosas que dió en la Catedral de Madrid el entonces Canónigo señor Castellote, y por lo tanto, en honor á tan precioso anticipo, es justo que antes que de su elocuencia hablada, trate yo de su elocuencia escrita, que esta, como de la mano, nos llevará á la otra.

Verdaderamente, por la lectura de esas hermosas conferencias no puede juzgarse del orador, sino del escritor y el sabio. Los vastos y profundos conocimientos de nuestro Prelado en todos los ramos del saber humano (que todos los abraza y contiene la apologética moderna) se muestran en el libro; mas para aquí-

latar con exactitud las facultades de un orador, no puede la escritura darnos idea clara ni aún aproximada de esas prendas exteriores que tanto realce dan al concepto y á la palabra. Faltarán siempre en el libro la entonación, las inflexiones de la voz, los ademanes, las pausas, las transiciones, con mil detalles que por sí mismos constituyen todo un arte, inferior al de la composición, pero que en la oratoria, como en la dramática, forma con el otro arte más elevado, íntima é inseparable urdimbre.

En cambio, hallé en el libro algo que me dió mucha luz en el juicio que desde luego quise hacer de aquellas piezas oratorias: el estilo del cual no puede desprenderse el artista ni cuando habla ni cuando escribe, es sin disputa, el rasgo más típico de la fisonomía intelectual y moral del hombre.

La cualidad característica del estilo del ilustre Prelado es la serenidad, esa serenidad que sólo posee el sabio y que demuestra el soberano dominio de la palabra, de la expresión y de la materia que expone. No hay en su estilo vacilaciones ni sobresaltos. Así como el agua pura y límpida permite llegar con los ojos al fondo del vaso que la contiene, ese estilo reposado, noble, sereno y transparente, muestra el concepto, el pensamiento y la imagen, llenos de luz, claros y enteros. Y como el agua del río en terreno llano y encauzada en lecho profundo, así corre la oratoria de nuestro Prelado serena y magestuosa, en línea recta hacia su fin.

Esa, esa es la verdadera elocuencia española; esa es la oratoria neta y castiza; esa es la que emplearon nuestros grandes oradores, antes de que la imitación francesa recargase su lenguaje de hojarasca y lentejuelas; esa es la que á tan alta perfección llevaron Fray Luis de Granada y el Venerable P. Avila su antecesor. El estilo recargado, brillante y preensioso, atento á deslumbrar, que no á convencer y mover, perjudica en vez de favorecer al pensamiento, lo enturbia y lo esconde bajo la balumba y el fárrago de la palabrería. Para hallar una idea en los discursos de esos oradores que llaman *brillantes*, hay que apartar, como en la selva, mucha maleza, mucho ramaje, y

cuando logra el lector ó el oyente llegar al fondo, las más de las veces se encuentra con el vacío. Pero en la oratoria castiza y netamente española, vigorosa como nuestro carácter, todo es oro macizo y de ley, todo substancia, á la manera de la ubre hendida de leche dulce y sabrosa.

Este fué el juicio que formé de la oratoria de nuestro Prelado al leer sus magníficas «Conferencias científico-religiosas»; pero en la lectura, ya lo dije, no puede aquilatarse toda entera la valía del orador.

Para esto hay que oírle, como le oímos el primer domingo de Adviento en la Catedral de Ciudadela, hablándonos del *dia de la ira*; de aquel día terrible en que Jesucristo «caba'gando sobre las nubes, enarbolando el estandarte de la Cruz, llevando por delante, como heraldos los aquilones y anunciado por las angélicas trompetas» vendrá á juzgar á vivos y muertos... Hay que oírle en el púlpito hablando á su Grey, reposado el ademán, poderosa la voz y llevando adelante el discurso con la serena magestad que da el claro conocimiento de las propias facultades.

Era uno mismo el estilo hablado que el escrito, pero el hablado parecía más vigoroso aún, que si se desliza sereno como el río en lecho profundo, como el águila también se eleva rompiendo el aire.

Al leer sus «Conferencias», como al oír sus discursos, el artista goza el purísimo deleite de la belleza, el hombre de estudio aprende, el creyente se fortalece en la fé y todos le admiran.

ANGEL RUIZ PABLO.



AL ILMO. Y RDMO.  
SR. DR. D. SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO  
OBISPO DE MENORCA

De la invicta capital  
de Valencia llegó ya,  
nuestro escogido Prelado;  
¡loor al Dios de bondad  
que gracia tan especial  
á Menorca ha dispensado!

¡Bien venido seais, ilustre príncipe

de la Iglesia Santa, Pastor celoso,  
Padre amantísimo, Gran Sacerdote  
docto, amoroso!

¡Bien venido seáis! Menorca entera  
tributo digno, amorosa os rinde!  
todos vuestro hijo sin cesar se aclaman

¡oh Doctor insigne!  
Con himnos de gloria y entusiasmo  
niños, doncellas, jóvenes, ancianos,  
siguen doquier la triunfal carrera  
de vuestros pasos.

¿Y como no? El cielo ha colocado  
en vuestras manos el báculo de paz,  
en vuestra alma fructífera semilla,  
de santa caridad

Humilde sois rindiendo la soberbia  
con preclara ciencia, sencillo corazón,  
y ejemplos de virtud que solo inspiran  
en vos, veneración

Ved! los angeles cubren su camino  
y gracias vierte con serena calma;  
él es el Salvador que vida infunde  
en nuestras almas.

Benigno el Hacedor con él envía  
dulce consuelo á nuestros pobres lares;  
¡rinde, pues ¡oh Menorca! á tu patriarca  
ofrendas á millares.

Haz que tus ruegos suban hasta el Cielo  
con cantos de júbilo, vítores y aplausos;  
no se cansen, nó, de exclamation tus hijos

¡¡Gloria, al Prelado!!  
De la invicta capital  
de Valencia llegó ya,  
nuestro escogido Prelado;  
¡loor al Dios de bondad  
que gracia tan especial  
á Menorca ha dispensado!

BARTOLOMÉ GALIANA Y LANUZA

9 Diciembre 1896.

## ROQUE

De chiquitín ya había despuntado: los niños de su edad le daban siempre la presidencia, así se tratase de cazar pajarillos con liga, como de una pedrea ó del asalto de un higueral.

Cuando fué mozuco, Roque se halló constituido en director nato de todas las giras y francachelas, de los festejos y truhanerías. No solo era el Roque, sino el rey de su pueblo.

Su madre que le quería mucho, como suelen querer á sus hijos las buenas madres, veía en aquellas genialidades y pequeñas faltas mar-

cada tendencia á otras mayores, y por esto no le pasaba ninguna sin que la corrigiese, y le amonestase y le inculcase lecciones morales.

Que producían su efecto, porque Roque la jugaba una mala pasada un día sí y otro también, apesar de mostrarse siempre muy respetuoso y cariñoso con ella.

La buena mujer se consumía de pena, pero no se cansaba.

—No se apene usted madre, ni se fatigue: yo me formalizaré.

—No te canses mujer, la decían las vecinas, ese endemoniado no tiene cura.

—Soy su madre, replicaba ella, y debo cuidarle así en sus dolencias del cuerpo, como en las del alma... ¡aunque sean incurables!...

Un su cuñado, y por ende tío de Roque, no veía claro en eso de las dolencias del rapaz, que ya estaba hecho todo un moceton y que «demostraba no dolerle ni un negro de uña, ni tantico así; y en cuanto á las bromas que solía gastar, que tanto disgustaban á su madre y que eran abultadas por las vecinas envidiosas, demostraban que el chico no era tonto ¡cómo que tenía á quién parecerse!... Tanto más cuanto que carrera que no da el potro en el cuerpo se la lleva; y al novillo de empuje no se le doma tirándole del ronzal, sino aflojándosele y dejándole correr, y corriendo se cansa, y cansado se amansa.»

Cuando le conocí, Roque no era malo: era alegre, algo tronera, con buena sombra, un chico que *tenía cosas...* y diez y nueve años. Aneja á los cuales le cayó la *suerte* de servir al Rey.

La vispera de la partida los reclutas la pasaron de claro en claro canturreando sin tón ni son, despidiéndose del pueblo como si marchasen al jornal ó como si no se marchasen, y bebiendo sin saber qué bebían y sin tener sed. Las madres la pasaron rezando y llorando.

En el altar de la Virgen de los Dolores y en el del Patriarca San José ardían algunas velas: diez ó doce mujeres oraban como solo saben orar las madres que tienen hijos en la guerra.

La madre de Roque había entornado la puerta de la casa, como en los días de duelo. Sin

embargo tenía toda su atención fijada en los ruidos de la calle, en los cánticos que proferían los reclutas. Buscaba entre aquel griterío, informe, confuso, discordante y ensordecedor, el vozarrón de su hijo. Segura estaba que, de ser de la comparsa Roque, no callaría, y de abrir la boca, aunque fuese sólo para suspirar... ¡pues no había de oírle y conocerle élla, su madre!...

Roque había salido después de comer.

—Hijo mío, le había dicho, que le beses la mano á tu tío: representa á tú buen padre que está en la gloria... Que no te olvides de decirle *adiós* al buen cura, que tanto te quiere, y que en sus oraciones y pláticas siempre se acuerda de los pobrecitos soldados.

Y bajito, como metiéndole todo el aliento, toda su alma, en el oído, añadió:—Que le reces á San José, el patrón de tu buen padre, y á San Roque, que es tu patrón, que te libre del *vómito* y de la del cuerpo y del alma...

—¿Y de las balas?

—Aquí queda tu madre que rezará á la Virgen Purísima, la patrona de los pobrecitos soldados, que te libre de las balas y de los machetes... Que me seas bueno, hijo mío, que me seas bueno, y tus compañeros te amarán, y te querrán tus jefes, y no temerás la muerte...

Poco después de anochecer Roque estaba de vuelta. Había pasado un rato de buen humor con sus camaradas, que no querían dejarle partir...

—Vuélvete, Roque, en acabando de cenar, sino pasaremos á buscarte á domicilio; pues esta noche no há de quedar moza en el pueblo sin serenata, ni botella llena en las tabernas.

Ciertamente que de aquella noche en adelante no les faltarían serenatas á las mozas del pueblo; y tal vez era aquella la última noche que podía pasar con su madre, que le quería tanto, y con su hermano que, de tan bueno era el mismo pan... Pero era feo desairar á sus compañeros de *suerte*... y de desgracias. ¡Parecían tan locos con su alegría!... vamos que no es para menos la suerte de marchar á la guerra... Hacedos cargo que rien por no hacer otra cosa.

—Ea, madre, la había dicho tomando la puerta, acuéstese, y descanse, y no llore y duerma, porque las penas se vienen éllas solas, sin que las llamemos... ¡y es el diantre eso de salirlas al paso, con lágrimas prematuras, caramba! El hombre muere lo mismo aquí que en Cuba: una sola vez.

¡Pobre madre! se puso á rezar como la noche aquella que estaba su esposo de cuerpo presente. Y rezó, sin contar las horas; pero oyó pasos en la calle y mató la luz; pues, ¿no se disgustaría su hijo si la encontraba velando?... y se acurrucó en el último rincón de su aposento, donde no llegaban los ruidos de la calle, donde las sombras eran más densas: quería estar á solas con su dolor, y la luz la estorbaba.

Roque se había retirado y, convencido de que su madre descansaba, se había tendido en la cama, y contra su costumbre no se durmió en el acto.

—«Aquello había sido un percance serio, caramba, pero él no tenía toda la culpa... Para rondas y serenatas estaba él aquella noche, y y harto lo habían notado los compañeros... demasiado les había oído decir cuchicheando: «Roque está desconocido... siente haber dejado á su madre... ¡Vaya un soldado de plomo!...» Y él, para cortar aquellos comentarios, y para que no le conocieran lo que ocultaba en los adentros, cuando creyó que le tocaba la tanda, había ensayado rasguear un preludeo y echar una copla. ¡Menos costara, caramba, sacar lumbre de la sesera del tonto de Ginesote! Que, al acabar él de cantar, había dicho, babeando por su contra hecha boca:»

—Eso no es una copla, camaradas, sino un vagido.

—De quién gasta estos pañales, le había contestado él, Roque; haciendo añicos la guitarra en la cabezota del truhán, que cayó redondo, más por el susto que por el daño. Vale que fué con la guitarra... Pero algún mal espíritu había inculcado el odio en sus venas, y repartiendo sendos bofetones, echó á tres ó cuatro músicos patas arriba... caramba, para abrirse paso, para retirarse, para abrazar á su madre.

¡Su madre! ¿y cómo podía abrazarla ¡élla, tan buena! cómo podía abrazarla después de aquel estropicio?

Y en aquella ocasion solemne, cuando probablemente la abrazaría por última vez... ¡se hallaba tan decaída la pobrecita, y son tan largos cuatro años en las filas!... en aquellos momentos no podía, no debía presentarse ante su madre teniendo él la conciencia negra... Y dejar de abrazarla, ¡eso nunca!...

Y había vuelto á buscar á sus compañeros, y les habia pedido perdon, él, Roque, que hasta aquellas fechas á nadie se había humillado... Hubiera preferido asaltar una batería...»

La campana de la parroquia tocó *la oracion* y Roque saltó de la cama, marchando al encuentro de su madre que, como de costumbre, salía á *misa primera*, á la misa del alba.

—Quiero acompañarla á V.

Y la confesó la escena pasada con sus compañeros, y en acabando su madre ya no estaba triste, sino que se reía, se reía... Sin embargo Roque no pudo más, y añadió este comentario:

—¡Si no hubiese sido por abrazarla á V!... ¡Pero sabe V.; madre, que es atroz eso de pedirles perdon á brutos como Ginesote, que con sus soeces sarcasmos me habían dado en el corazon los bofetones más crueles!...

—Pues ahí está el mérito, hijo mio: en lo que cuesta *eso*, como tú dices. Y cuesta mucho vencerse uno á sí mismo, alcanzar la verdadera libertad; cuesta mucho... Solo Dios puede dar fuerzas para tanto.

Meses después de sucedido este episodio [se le oí contar al tío de Roque: lloraba de alegría, y acabó diciendo:

«¡Cuándo yo sostenía que mí sobrino tenía alma. . y á quién parecerse!... Sus compañeros no se cansan ¡de alabarlo: como soldado es un modelo de bravura, y como camarada, es de lo que no hay...»

FRANCISCO.

4 Diciembre de 1896.



## Al Ilustre Obispo de Menorca

¡Salve Pastor benigno  
Amante, buen Salvador!  
Luzca para Menorca el brillo  
Vivificante de tu amor.  
A este pueblo con bondad  
Dad vuestra bendicion paternal,  
Oh señor! su triste mal  
Remediad con curidad!

CONSUELO RUIZ Y PABLO



### IMPROVISACION. AL ILMO. DR. CASTELLOTE DIGNÍSIMO OBISPO DE MENORCA

Entre vítores y aplausos  
Triunfalmente entró en Mahon,  
Obsequiado por el pueblo  
Llorando de la emocion.  
La grey toda al contemplarle  
Es feliz hasta lo más,  
Teniendo en cuenta sus luces,  
Su virtud, su celo audaz,  
Alma grande, raro ingenio,  
Corazon noble y de Rey,  
Rectitud en todas obras,  
Oido atento si es de Ley.  
Tened en cuenta de hijo  
Cuantas virtudes y amor...  
Oh mi Dios! este ha de ser  
De Menorca el *Salvador!*  
Oh ventura inesperada!  
Para el pueblo menorquina  
Será el Doctor *Castellote*  
Imagen del Agustín;  
Buen Pastor, grandilocuente,  
Obispo de brillantez,  
Lápida de la heregía,  
Escudo de la honradez,  
Alma de la bienandanza,  
Vida de la Religion,  
Mano de los descreídos,  
Vaso que guarda perdon.

Mahon 10 de Diciembre de 1896.

ANTONIO ROCA Y VÁREZ.



### RECUERDO DEL ILMO. Y RDMO. SR. DR. D. SALVADOR CASTELLOTE Y PINAZO

OBISPO DE ESTA DIÓCESIS

No importa que el mar bravío  
Sacuda con saña fiera

